

UMBRA

Cesar Mondaca



UMBRAI

por C.F. Mondaca

Copyright © 2012 César F. Mondaca

All rights reserved.

ISBN-13:
978-1518869945

ISBN-10:
1518869947

-El niño tiene miedo.-susurró una voz en la oscuridad.

-Sí. Tiene miedo -respondió una segunda voz.

-Le teme a la oscuridad

-Tienes razón. Todos los niños le temen a la oscuridad

-Pero después se olvidan de nosotros.

-Sí. Después se olvidan de nosotros. Excepto algunos...

PROLOGO

Diario del doctor Esteban Fuentes **Fragmento inicial** **24 de abril de 2002**

En todos los años que llevo en esta profesión nunca viví un caso tan extraño como el que les voy a relatar. Voy a dejar de lado la ética profesional, pues creo que es menester dar a conocer los hechos acaecidos que me tuvieron como principal involucrado, y que por tal motivo me llevan a dejar constancia por escrito de todo lo sucedido, en virtud de mi posible desaparición, a toda aquella persona dispuesta a conocer y a tratar de entender lo inexplicable para que saque sus propias conclusiones.

La mente humana, esa intrincada y sorprendente red de neuronas, prácticamente inexplorada, esconde en su interior secretos sorprendentes que, cuando algunos de ellos se nos revela, nos deja lleno de incredulidad por no poder dar una explicación lógica de su esencia, entonces, a aquellos que los manifiestan, los catalogamos de locos y simplemente le damos la espalda o los confinamos en manicomios.

Con mis cincuenta años recién cumplidos y veinticinco como psicólogo, supe ganarme una buena reputación entre mis colegas y mis pacientes, lo cual no garantiza que usted deba creer lo que le voy contar, pero sí dejar por sentado que esta historia no proviene de una mente alucinada ni enfermiza... al menos eso creo...

CAPITULO 1

Comodoro Rivadavia
8 de julio de 1999, 02:00 AM.

La tranquilidad en el barrio policial sólo es interrumpida por algún que otro ladrido de perros callejeros que se disputan las bolsas de basuras. Las decenas de monoblocks de tres pisos, lucen como oscuras cajas gigantescas, alineadas en forma oblicua una al lado de la otra, proyectando sombras informes, que se funden entre sí bajo la luz pálida de la luna.

En el monoblock N° 3 la tranquilidad es casi absoluta, y las familias descansan esperando la llegada de un nuevo día. Algunas mujeres están con sus maridos, otras duermen solas pues sus esposos, todos ellos policías, están de guardia esa noche.

En el departamento del sargento Pedro Ramírez, no hay esposa ni hijos, el sargento Ramírez es soltero y vive solo. En el departamento lindante vive la familia García cuyo padre de familia es un cabo de la seccional tercera. Esa noche Sergio García descansa junto a Eleonora, su señora, y en la habitación contigua, su hijo Alejandro de cinco años. Duermen tranquilamente como la mayoría de los ocupantes de aquel edificio, como todo el barrio, pero hace un tiempo a esta parte que el sueño apacible de los García, se ve, de vez en cuando, interrumpido en plena madrugada por el llanto quedo y las súplicas apagadas provenientes del departamento de Ramírez.

— ¡La puta madre que lo parió! —exclama por lo bajo Sergio a su señora—. ¡Otra vez este boludo! ¡Me tiene las pelotas llenas!

—Algún problema debe tener, Sergio ¿No hablaste con él?

—No, no tengo relación con ese tipo, y me parece inapropiado preguntarle por qué llora por las noches. Este seguro...

— ¡Escucha! —susurra la mujer al oído de su marido interrumpiéndolo, y ambos prestan atención a los sonidos del departamento de al lado.

— ¡Basta por favor... basta! ¡Déjenme en paz, déjenme tranquilo! —suplica y solloza por lo bajo Pedro Ramírez.

Su departamento está completamente a oscuras. Él se halla en la última habitación. El desorden es total, y su cama, con las sábanas y mantas revueltas, señalan su falta de sueño. En un rincón de su pieza, en donde se forma el ángulo recto de las dos paredes, sentado en el piso con sus rodillas levantadas y sus manos tapando sus oídos, se encuentra Ramírez, ojos desorbitados, rostro desencajado, barba de días, y un miedo primitivo que lo carcome hasta el paroxismo. Su cuerpo está cubierto por un sudor pegajoso y frío, mientras que un escalofrío reptaba una y otra vez por su espina dorsal, mutilando todos sus síntomas de cordura. Al lado de él, sobre el piso, descansa una pistola 9 mm, su arma reglamentaria.

— ¡Este tipo está loco! —Exclama enfadado y con cierta piedad Sergio—. Mejor será que me levante y vea si necesita ayuda —Concluye mirando a los ojos a su mujer, como buscando el respaldo que apoye su idea—. ¿Qué hago? —le pregunta a Eleonora.

—No sé, mi amor, no lo sé. Ese hombre me da miedo.

—¡¡Basta!! —se oye un grito de Ramírez desde el otro lado. Es la primera vez que grita, y es tan fuerte que es escuchado en otros departamentos del mismo monoblock.

— ¡Mierda! —dice Sergio —. Ya me hartó. Voy a ver qué

pasa; este tipo necesita ayuda —expresa mientras se levanta, y se calza los vaqueros.

No termina de calzarse las zapatillas cuando del otro lado viene un grito aún más fuerte:

—¡¡No!! —un grito atronador, un grito de histeria, un grito de horror y de pánico inmediatamente seguido por un disparo. El balazo retumba en el edificio de doce departamentos, despertando por completo a todos sus ocupantes.

— ¡La puta que lo parió! ¡Se pegó un tiro el boludo! —dice agitado Sergio.

— ¡Mamá! —se escucha el llanto angustiado del niño proveniente de la otra habitación.

— ¡Hijo! —Corre la madre a su encuentro—. ¡No vayas, Sergio, por favor! —dice Eleonora angustiada con lágrimas en los ojos, mientras cobija en sus brazos al niño asustado.

Sergio no le contesta, toma su arma reglamentaria y sale al pasillo.

Pronto se agrupa gente de los pisos inferiores, y varios policías fuera de servicio esa noche, aparecen con sus armas.

Pedro Cáceres, el oficial de más alto rango toma la voz de mando.

— ¡Hay que llamar a la seccional tercera!

— ¡Ya lo hice yo, señor! —contesta Gómez.

— ¿Alguien lo conoce al fulano este? —pregunta Cáceres.

—Yo lo conozco —responde Octavio Ruiz—. O sea, lo conozco de vista nomás; está en la seccional primera conmigo.

Tocan el timbre del departamento... Nada, ninguna respuesta, ninguna voz.

—Este boludo se mató —dice Sergio—. Estaba medio loco: Hace un par de meses que nos viene despertando con sus llantos, siempre hablando solo, pero nunca había gritado como hoy.

—Quizás hay alguien más dentro —dice Gómez.

—Quizá —responde Cáceres—. Pero no podemos hacer nada. Esperemos al comisario.

Diez minutos después tres patrulleros estacionan fuera del edificio. Ya para esto el ruido de sirenas y la confusión reinante llegan a los edificios aledaños, varias luces se encienden y los curiosos asoman sus rostros por las ventanas.

El comisario Mendoza y cinco agentes suben rápidamente las escaleras hasta el tercer piso. Allí se entera de la situación por voz de Cáceres. Esperan la orden del juez de turno para poder allanar el departamento. Cuando ésta llega, se disponen a actuar.

—A ver, vos y vos —dice señalando a dos de los policías que vinieron con él—, pónganse a ambos lados de la puerta. Rodríguez, Mandrafina, Prados, conmigo. Ustedes muchachos cúbranse por las dudas, y estén atentos, puede haber un chorro adentro o este tipo está loco y puede salir a los tiros —expresa el comisario Mendoza.

— ¡Ramírez, sargento Ramírez! ¡Abra la puerta; le habla el comisario Mendoza de la tercera!

Nada, ninguna respuesta. Mendoza baja lentamente el picaporte. La puerta está cerrada por dentro.

— ¿Listos? —pregunta Mendoza a sus subordinados. Estos asienten afirmativamente—. Adelante, Rodríguez.

Rodríguez, un agente de 2 metros y 110 kilos de puro músculo, le mete una patada a la puerta haciéndola volar.

Entran rápidamente, linterna en mano.

— ¡Trate de ver si hay luz, Mandrafina!

— ¡Negativo señor!

— ¡Mierda!

Alumbran a un lado y otro, nerviosos, ansiosos, el arma apuntando constantemente en dirección al haz de luz de la linterna.

— ¡Ramírez o quien quiera que sea, salga con las manos en alto! —grita el comisario, pero no hay respuesta. La escasa luz de las linternas, les revela un lugar desordenado. Están en el comedor, hay una mesa atestada de trastos sucios, un

sillón de dos cuerpos con algunos papeles y ropa encima de él, algunas colillas de cigarrillos están desperdigadas por el piso. Una puerta da acceso a un pasillo de no más de un metro de ancho, este pasillo conduce a las habitaciones y al baño del departamento. Dos policías se colocan frente a la puerta cerrada, apuntando constantemente, los otros registran el comedor y la cocina pero nada encuentran. Ahora se ubican todos delante de la puerta que da al pasillo que también está cerrada, nuevamente Rodríguez, a la cuenta de tres, la fuerza de una patada. Los haces de luz alumbran hasta el final del pasillo, está completamente despejado, pero un olor penetrante a pólvora los recibe. Avanzan con cautela, llegan al baño, dos siguen vigilando el final del pasillo, mientras que los otros irrumpen en el pequeño cuartucho sin resultados positivos. Siguen avanzando hasta la puerta siguiente, también está abierta, efectúan la misma operación de recién. El cuarto está atestado de cajas y artefactos varios, por lo visto Ramírez lo utilizaba como depósito. La última habitación, es la principal. Ya no quedan dudas que allí se encuentra Ramírez; la puerta está cerrada. La carga de adrenalina en los policías está en su punto máximo. Esta vez se colocan dos agachados en forma oblicua a la puerta, los otros sobre una de las paredes. El comisario Cáceres extiende su brazo derecho y baja lentamente el picaporte. La puerta se abre con un pequeño empujón. El olor a pólvora que proviene de su interior es mucho más intenso.

Mientras tanto los policías de civil en el exterior del departamento esperan expectantes. Todos contienen la respiración. El silencio se hace insoportable. Diez minutos después sale el comisario Mendoza seguido por los suyos. El rostro parco del policía está distorsionado en una mueca de repugnancia, los otros policías que vienen con él están pálidos.

—Hay un arma y sesos desparramados —dice Mendoza—, pero no hay cuerpo —culmina extrañado.

— ¡No puede ser! —Exclama Sergio— ¡Apenas lo escuchamos, nos situamos frente a la puerta!

—Nosotros lo escuchamos gritar, y después del disparo, salimos inmediatamente al pasillo, comisario —apoya Cáceres en nombre de todos los presentes.

—Encontramos un arma en el piso recién usada, mucha sangre fresca y restos orgánicos, pero no hay cuerpo. ¿Me pueden explicar como hizo para salir si el único acceso al departamento es éste, y estamos en un tercer piso?

— ¡No puede ser! —repite Sergio una y otra vez mirando al piso y moviendo negativamente la cabeza.

—Voy a necesitar un informe por escrito de cada uno de ustedes por la mañana. Ahora vayan a dormir. —dice el comisario.

Los policías ocupantes de aquel monoblock, están perplejos, y en el más absoluto silencio regresan a sus departamentos.

Afuera una ráfaga de viento aúlla entre los gastados monoblocks, trayendo consigo malos presagios.

CAPITULO 2

Buenos Aires

11 de Julio de 1999 - 22:00 horas.

Es sábado a la noche, y en casa de la familia Fuentes la alegría es total. Las luces multicolores, la música fuerte y las risas de los adolescentes, pueblan el lugar, y dan calidez a una noche fría bajo un cielo que desnuda sus entrañas de estrellas y constelaciones. Es el cumpleaños número 15 de Nancy Fuentes, la hija mayor del matrimonio, que, en su afán por buscar el varón, tuvieron cuatro niñas: Nancy que cumplía los quince, Lorena de doce, Ana Laura y Ana María de cinco, las gemelas. En casa se halla reunida casi toda la familia junto con los compañeros de escuela de Nancy quienes bailan en el amplio patio trasero de la casa, techado para la ocasión.

Esteban Fuentes, el padre de familia, nació 47 años atrás. Hijo único de madre soltera, sufrió las penurias de la pobreza. Gran parte de su infancia se la pasó de mudanza en mudanza, víctima tanto él como su madre de la constante búsqueda de trabajo por parte de ésta, que a duras penas y con un gran sacrificio, logró siempre tenerle un plato de comida a disposición y darle la enseñanza necesaria.

Desde niño sintió curiosidad por lo paranormal, siendo un apasionado consumidor de historietas fantásticas y de libros que hablaban de extraños fenómenos inexplicables. Muchas veces se imaginaba a sí mismo como un gran aventurero de lo oculto, resolviendo enigmas imposibles de explicar. Toda esta fantasía en su cabeza, pronto lo llevó a experimentar, y a los diez años jugaba con sus amigos a que los hipnotizaba y ellos obedecían todas sus órdenes, imitando más a robots de las series de ciencia-ficción de aquella época, que al real comportamiento que manifiesta una persona hipnotizada. A los 14 años dejó de lado la lectura

del periodismo barato que inventaba noticias sensacionalistas.

Siempre siguiendo con sus ansias por explicar o comprender lo desconocido, se abocó a asuntos más serios y comenzó a interesarse por la psicología, que a pesar de no ser considerada por muchos una ciencia, sí se la tenía como una medicina alternativa que ayudaba (a veces) a resolver las inquietudes y los abstractos problemas del comportamiento humano. Pronto supo que ese sería su camino a seguir en la vida, y como tal, lo cumplió.

Su madre recién logró asentarse con un buen trabajo a los 30 años, y a la edad de 35 se casa con el dueño de la ferretería en donde desempeñaba su labor como secretaria. A partir de ese entonces, siendo Esteban un adolescente muy sociable, y habiendo aceptado de buena gana el casamiento de su madre con Marcos Ramírez, fue adoptado por éste como si de un hijo propio se tratase, y le brindó todo el apoyo para que pudiera continuar con sus estudios.

A los 18 años, y ya cumplido su ciclo secundario, después de hablarlo muy profundamente con su madre y su padrastro, logró convencerlos de que lo dejaran ir a estudiar a la universidad en La Plata, en donde podría seguir su tan ansiada carrera en psicología.

Sus estudios en dicha carrera, pronto lo ubicaron como el mejor estudiante de su clase, obteniendo notas excelentes en todas las materias que cursaba. También fue seducido por el mundillo político de las facultades, y en su segundo año ya integraba como vocal una de las listas que se postulaba para el centro de estudiante. Allí conoció a su primera novia, Mariela, con la cual mantuvo un noviazgo hasta meses antes de recibirse, cuando se enteró por boca de una "amiga" de Mariela (que en realidad estaba muy enamorada de Esteban), que ésta lo engañaba. Por supuesto que al principio creyó que eran simples chismes de una mujer celosa, hasta que pudo corroborarlo personalmente un fin de semana, cuando descubrió a la que hasta ese momento era

su novia, en brazos de un profesor de la facultad.

Se recibió con honores, y gracias a sus excelentes notas, pronto consiguió ubicarse en un hospital de Buenos Aires en donde dio sus primeros pasos como profesional sin goce de sueldo. Pasado su período de prueba, fue contratado oficialmente y recibió sus primeros haberes. En aquel hospital, entre el bullicio y el desconcierto general de pacientes, doctores y enfermeros, conoció a su actual señora, Verónica Lerea, o Vero, como le dice él; pediatra ella.

Se casaron después de dos años de noviazgo y hubo una gran fiesta organizada por sus compañeros de trabajo. Esteban trabajó un par de años más, y después, por intermedio de un préstamo bancario, y gracias a su padrastro, pudo independizarse e instalar un consultorio personal con una pequeña sala de espera bien atendida por una madura secretaria, Gladis. Pronto destacó entre los suyos, y se tuvo bien ganada la reputación de ser un excelente profesional. Actualmente, además de sus pacientes particulares, colabora con la policía trazando perfiles psicológicos de los criminales, y asiste al personal policial, muchas veces víctimas del gran stress al que se ven sometidos.

Su mujer siguió trabajando por un tiempo más en el hospital, hasta que decidió que era más importante dedicarse de lleno a su primera hija y a la segunda que estaba por venir. Hoy Nancy cumple 15 años, es toda una señorita, y tanto Esteban como Verónica están sorprendidos de ver cuán rápido ha pasado el tiempo. Lo único que lamenta Esteban aquella noche, es no poder contar con la presencia de su madre y su padrastro, quien sufriera hace un par de meses un infarto que lo tuvo al borde de la muerte, y se halla muy delicado de salud.

Esteban baila orgulloso el vals de los quince con Nancy mientras un fotógrafo, ya entrado en canas y en kilos, toma instantáneas desde diferentes ángulos. El resto de los invitados los rodea y acompaña con aplausos y Verónica mira

emocionada desde el umbral de la cocina.

El teléfono suena y una de las mellizas atiende, después corre hasta donde está su madre y la tironea de la ropa avisándole de la llamada, ésta va hasta el teléfono, un par de minutos después, llama a su marido quien ya había cedido su lugar al novio de Nancy.

—Es tu madre, Esteban —dice Verónica con rostro serio. Esteban se introduce en la casa, toma el teléfono

— ¿Vieja?... ¿Cómo estás, viejita? ¿Llamabas para saludar a tu nieta?

—Hola, hijo. Si, llamaba para saludarla, pero principalmente para avisarte que hay problemas con tu hermanastro. Pedro ha desaparecido.

— ¿Cómo que desapareció? ¿Qué sucedió?

—No lo sé, hijo, la policía no me cuenta mucho. Yo quiero que vengas y hables con ellos por favor. Estoy muy preocupada por tu padre, aún no sabe nada.

—Está bien, vieja, no te inquietes, el lunes a primera hora estoy allá. Déjame poner todo en orden acá.

—Bueno, hijo, te espero. Pásame con mi nieta por favor.

—Ahora te paso, pero por favor no le cuentes nada.

—Quédate tranquilo. Chau, hijo.

—Chau, viejita, saludos al viejo.

— ¿Qué pasó? —Pregunta Verónica

—Tengo que viajar el lunes a Comodoro. Pedro ha desaparecido. ¡Nancy, tu abuela te quiere saludar!

— ¿Pedro desaparecido? ¿Cómo? No entiendo.

—Es lo único que le ha dicho la policía a mi madre. Así que voy a ver si puedo obtener algún otro dato del caso. Me preocupa el viejo nomás, está muy delicado de salud aún. En eso irrumpe Nancy, toma el auricular de manos de su padre. El matrimonio se va a la cocina.

— ¿Cuánto te vas a quedar? —pregunta Verónica sin disimular su descontento.

—Una semana, dos a lo sumo, no más —contesta Esteban